

# Barrio

«Viaja a los rincones que significan algo para ti, allí donde ocurrieron las cosas importantes de tu vida».

Música: Romero San Juan, *Pasa la vida*

**V**oy andando por la calle de Alcalá y hoy hace frío. Hasta llegar a la plaza de toros de Las Ventas, que en este punto exacto se levanta majestuosa a mi izquierda, el camino ha sido una amable y prolongada cuesta abajo. Atravieso el puente que cruza la M-30 y la calle ahora mira hacia arriba, cada edificio cambia de color y los comercios huelen a barrio. Dejando atrás el metro del Carmen y después Quintana, empieza esa otra ciudad de pequeñas tiendas y edificios de colores cambiantes. Al llegar a Pueblo Nuevo, una callecita con nombre de músico te da la bienvenida a tu derecha. Vicente Espinel, sacerdote, músico y escritor malagueño del Siglo de Oro que a partir de sus diversas rimas de 1591 transformó la estructura de la décima estrofa, conocida también como espinela. Espinel se hizo famoso porque dio a la guitarra su quinta cuerda, añadiendo una más aguda a las cuatro existentes en aquel momento.

Fue en el número 27 de la madrileña calle de Vicente Espinel donde nació y creció un niño que abrazó una guitarra desde la misma cuna. Que fuera precisamente en aquella calle no puede ser casualidad.

El niño se llamaba Alejandro.

ALEJANDRO: El primer regalo que me hizo mi padre fue una raqueta. La cogí frente al espejo como si fuera una guitarra. La mayor locu-

ra que he hecho en la vida ha sido dedicarme a la música contra viento y marea. Aquello me cambió la vida.

JESÚS (PADRE): Yo quería que mis hijos eligieran. Y Alejandro me dijo un día que él terminaría los estudios, aunque luego se dedicase a la música. Le gustaba tanto que hasta se olvidaba de comer o de irse a dormir.

ALEJANDRO: Mi padre fue uno de mis héroes, con todos sus defectos y virtudes. Y mi madre también, una superviviente de una familia de siete hermanos siendo ella la única mujer. Vi a esas dos personas luchando en desigualdad de condiciones contra la vida para sacar adelante una familia; una lucha marcada por su amor a sus hijos. Tengo un hermano mayor. Dormíamos en el mismo cuarto y eso crea vínculos, pero también genera peleas.

JESÚS (HERMANO): Nuestra relación es la normal entre hermanos. Siendo chicos, nos peleábamos por juguetes. Él siempre ha sido una persona muy independiente, necesita su espacio. Tiene una imaginación y un poder de creatividad tan grande que a veces desaparece. Y nuestra relación es y era así: le gustaba estar consigo mismo, meterse en su cuarto y a veces desaparecer. Hoy en día tenemos la confianza de hermanos: cuando me pregunta, le doy mi opinión. Si no me pregunta, no me meto.

Mi hermano y yo nos parecemos en la voz. También con mi padre. Siempre decían que teníamos la misma voz..., pero el oído no.

Los dos tenemos un pronto fuerte, de esos en los que hay que contar «uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, yo me calmaré y todos lo veréis», y hay que practicarlo a menudo. Creo que somos gente humilde, y eso es algo que no se puede impostar: la gente se da cuenta.

Nuestra primera casa estaba en Vicente Espinel, en Ciudad Lineal, en el metro de Pueblo Nuevo. Toda nuestra infancia, desde que nacimos y hasta los doce años, la pasamos allí. Entrabas y había un pasillito, a la derecha la cocina, a la izquierda un cuarto de baño con bañera, luego un salón, y del salón salían todas las habitaciones: la de mis padres (la más grande), una terraza desde donde le tirábamos latas a los vecinos de abajo, y luego estaba la nuestra, con literas. Alejandro dormía abajo y yo arriba. Había otro cuarto con terraza que mi madre

tenía alquilado a unas monjas de Palencia: Puri, Dorita y Feli, todas maestras de escuela. Cenaban en el salón con nosotros. Puri me enseñó a tocar la flauta dulce.

Alejandro y yo pasábamos mucho tiempo en la terraza de arriba hablando con Javier y su hermano César. Josefa, su madre, tuvo que poner una uralita de plástico por miedo a que un día descalabráramos a alguien de las cosas que tirábamos. Había otra vecina que se llamaba Choni, cuatro o cinco años mayor que nosotros, y que de vez en cuando, si mi madre tenía que salir, venía para cuidarnos. Y también dos gemelas que vivían justo al lado, Lidia y Esperanza.

LIDIA: Somos un año mayores que Alejandro, justo un año, nacimos el 17 de diciembre. Yo soy la mandona, la organizada, mi hermana es más caótica.

ESPERANZA: Nosotras somos de la calle paralela a Vicente Espinel, de Río Ulla. A partir de quinto de EGB empezamos a ir juntos al colegio Nuestra Señora del Rosario los cinco: mi hermano Santiago, Jesús y Alejandro y nosotras dos.

LIDIA: Alguna vez subíamos a su casa, con suelo de loseta, no muy grande, una casa sin ascensor. Era parecida a la nuestra. Antes vivíamos seis y ahora es un apartamento. Nos sentimos orgullosas de lo mucho que nuestros padres lucharon por nosotras. Estoy segura de que Alejandro siente lo mismo por todo lo que ha logrado y por su familia: humildes, pero siempre tirando hacia delante.

ANTONIO CARMONA: Él viene, como yo, de un barrio humilde. A pesar de lo reconocido que es en todo el mundo, no se le va la olla *ni mijita*. Siempre con los pies en el suelo.

*Alejandro Sanz creció en un barrio de los de antes. Barrios ahora en peligro de extinción, como pequeñas ciudades en las que, más que vecinos, había amigos. Estaba la carnicería, la papelería. Y el bar, pero el bar no era únicamente un lugar para juntarse alrededor de tazas de café, de cervezas o partidos de fútbol los domingos. Era una segunda casa.*

JESÚS (HERMANO): Enfrente de casa se encontraba el bar La Ochava, que ahora ya no está, donde todos los domingos tomábamos con mi padre el corto-clara, un poco de cerveza y mucha gaseosa, y jugábamos a las máquinas de bolas. Recuerdo que nos ponían unas patatas asadas

peladas con sal que preparaba la señora en la olla exprés. Antes la gente alternaba más y hacía vida en el bar; una ronda la pagaba mi padre, otra el mecánico, así funcionaba. Yo voy a menudo por allí a pasear.

ESPERANZA: Al lado de su casa había una plaza donde jugábamos al rescate. Llamábamos a los portales y Alejandro y Jesús bajaban a jugar. Justo enfrente de nosotros vivía el Fary, y, al lado, Verónica Forqué.

JESÚS (HERMANO): Debajo de nuestra casa había una galería de alimentación donde nuestra madre hacía la compra y que debe llevar cerrada prácticamente desde entonces. Solíamos ir al cine a la sesión de mañana a ver películas de Bud Spencer y Terence Hill en una sala de la calle Alcalá. Recuerdo también que en el barrio había muchos descampados donde jugábamos a las canicas, a la presa y a cosas de niños. Cuando llovía volvíamos a casa embarrados hasta las orejas.

LIDIA: Era un barrio de clase media baja de toda la vida, con una panadería, una farmacia que hacía esquina justo en su calle y tres cosas más. Nuestra familia era humilde, de clase trabajadora: mi padre carnicero en el barrio de Ventas y mi madre ama de casa con cuatro niños.

JESÚS (HERMANO): En la panadería comprábamos unos donuts de azúcar que iban envueltos en un trozo de papel marrón que recortaban y que estaban riquísimos. Había también una papelería que se llamaba Heraclio cuyo dueño tenía un zapato con un tacón muy alto de madera, y a Alejandro y a mí nos gustaba mirarle el zapato.

ALEJANDRO: Nuestra casa respiraba a barrio de verdad. Solía pasar mucho rato en mi habitación y desde la ventana de mi cuarto veía un patio interior, ropa colgada, poca cosa más. Las mañanas de domingo había un cierto ambiente y cuando hacía bueno se oían las radios y las canciones que escuchaban los vecinos...